
Agricultura y Sociedad

ENERO **46** MARZO
1988

*Giovanni Mottura**

*Cuarenta años de estrategia corporativista en la agricultura italiana***

1. EL CORPORATIVISMO BONOMIANO COMO OPERACION CULTURAL

En la literatura sobre el corporativismo y ruralismo bonomianos, suele ser bastante común poner de relieve el aspecto más propiamente político de su influencia en el mundo agrícola italiano, y la potencia que de ella han obtenido sus organizaciones más significativas.

Asimismo, la mayor parte de los autores que se han ocupado de este tema han presentado dicha influencia y potencia como si fuesen sobre todo, fruto de la acción de dos factores distintos: la posibilidad de chantajear económicamente a los «coltivatori diretti», ligada, en particular, a las funciones públicas ejercidas por la Federconsorzi; y la posibilidad de atraer a los empresarios agrícolas a través de la vasta red de relaciones financieras y económicas gestionadas por dicho ente y por muchos otros ligados a él más o menos directamente.

(*) Profesor de Sociología Rural en la Universidad de Módena.

(**) La primera parte de este trabajo fue publicada en *Agricultura y Sociedad*, n.º 44, correspondiente al tercer trimestre de 1987. Ha sido traducido por Eduardo Moyano.

— *Agricultura y Sociedad* n.º 46 (Enero-Marzo 1988)

Sería, sin embargo, erróneo detenerse aquí y no ver cómo en el desarrollo real de la hegemonía bonomiana han jugado un papel no secundario otros elementos, también cuidadosamente programados, de gran valor estratégico. Dicho en términos más concretos, parece claro que el desarrollo del ruralismo corporativo —clientelar pero también combativo; integrado en un más vasto diseño de relanzamiento, y después de consolidación, de la hegemonía capitalista en la formación económico-social italiana, pero también atento a defender (utilizando el chantaje político en el seno de la mayoría democristiana) los «intereses del mundo agrícola»— no representó sólo una operación de cobertura de intereses particularistas, sino que fue, mucho más, la *forma cultural específica*, dotada de real capacidad de convicción y orientación, en la que se reflejó tanto la *posición estructural* de la mayoría de los grupos de intereses del sector agrario en la nueva situación que se iba creando, como su *búsqueda de identidad* después de la derrota experimentada durante el gran ciclo de luchas ocurrido en los años de postguerra.

La intuición que estaba en el origen del proyecto bonomiano no era, pues, irreal. Ciertamente, habría podido ser desmentida por los hechos si los conflictos surgidos en el campo italiano a partir de 1943 hubieran tenido otro desenlace en los quince años siguientes, y si, en consecuencia, se hubiese modificado radicalmente la correlación de fuerzas en el país (es quizá útil recordar, una vez más, que los activos en la agricultura eran todavía en 1950 casi la mitad de la población activa italiana, y que dos tercios de ellos eran clasificados como «*lavoratori indipendenti*», equivalentes a trabajadores autónomos).

No habiendo ocurrido las cosas así, se puede considerar como inevitable que los acontecimientos posteriores hiciesen emerger con creciente claridad los elementos de *realismo* contenidos en la propuesta del «bloque moderado» (*), así

(*) *Nota del traductor.* Con el término «bloque moderado», el autor de este artículo se refiere al bloque ideológico-político formado por la DC y los partidos republicano y liberal,

como que influyesen de modo sensible en el planteamiento del debate autocrítico sobre la *cuestión campesina* que se desarrolló en la izquierda en los primeros años cincuenta.

Dado el nuevo marco político y estructural, era *coherente*, pues, plantearse que los campesinos debían ser *organizados* y *defendidos*, así como que tenían necesidad de ayuda económica, de formación profesional y de asistencia técnica. Pero, sobre todo, era correcto el planteamiento de que la frustración por la enésima derrota sufrida a nivel colectivo tendía a transformarse entre ellos (y no entre los obreros agrícolas, por el contrario) en un repliegue hacia el individualismo «tradicional» y en un sentimiento de marginación, que valoraba la imagen de una agricultura «explotada» y sacrificada a las exigencias de los otros sectores, entendidos como un todo indiferenciado.

Lo que ha sido llamado el «milagro político» de la DC, y que en la agricultura y el mundo rural ha tenido su principal intérprete y protagonista en Paolo Bonomi, consiste en haber elaborado y puesto en marcha una línea de política agraria que ponía a disposición de cualquier actor político y técnico los medios y los planteamientos adecuados para responder con iniciativas concretas a *aquella* demanda y a *aquella* lectura de la realidad social agrícola.

Un diseño de tal complejidad necesitaba también, evidentemente, de una eficiente máquina *propagandística*, pero es cierto que no podía sostenerse sólo sobre ella, como no podía, tampoco, sostenerse sólo sobre la represión abierta o sobre el chantaje económico. Esto es comprobable por dos vías, una directa y otra indirecta.

La primera consiste en examinar los documentos y la publicidad de fuente no bonomiana producidos en Italia entre 1950 y 1970. Si se exceptúa el filón de análisis y elaboraciones directamente ligadas a los sindicatos de obreros y de aparceros

a los que se unen otras organizaciones colaterales —entre ellas la Coldiretti, la Confagricoltura y la Federconsorzi—, el elemento realmente cohesionador del bloque es su antimarxismo.

agrícolas (1), es, en efecto, posible ver cómo en aquellos años el sectorialismo y el ruralismo, que como se ha señalado eran el fundamento ideológico del *realismo bonomiano*, constituían no sólo el contorno (como diversos estudiosos del movimiento obrero han escrito), sino la *filosofía global de la que estaba impregnada casi la totalidad de las reflexiones y tomas de postura sobre la agricultura, tanto al nivel conceptual como al nivel de la aproximación a los problemas y de la metodología*.

Ejemplo elocuente de este estado de cosas parece ser la tendencia difundidísima —a diferencia de lo que sucedía en la literatura relativa a la industria— a interpretar los acontecimientos de la agricultura como si fuesen resultantes de una interacción entre factores económicos, sociales, culturales y técnicos esencialmente *endógenos*, es decir, en gran medida autónomos con respecto a la evolución de las relaciones entre las clases en el sistema social más amplio, o (aproximación sólo aparentemente opuesta) como si surgiesen de efectos patológicos continuamente inducidos en el sector por la acción de factores totalmente *exógenos* (piénsese, por ejemplo —desde esta perspectiva—, en el frecuente uso que se hacía, en contextos políticamente muy diferentes entre sí, de la contraposición agricultura «*sana*»/agricultura «*asistida*»). No es necesario aplicar un esquema interpretativo muy refinado —aunque ciertamente una relación más atenta de las variantes de esas dos posiciones fundamentales enseñaría muchas cosas sobre la técnica del control social— para concluir que todo esto equivale a decir que la influencia ideológica y cultural de las posiciones bonomianas ha sido constantemente más extensa que la estrictamente política, aún en las fases de mayor difusión de esta última.

La segunda vía de aproximación al problema consiste en subrayar que desde el origen de la *Coldiretti* se planteó el

(1) Los aparceros («*mezzadri*») son el único estrato campesino que se ha mostrado completamente impermeable a la penetración bonomiana. Observaciones al respecto pueden encontrarse en el prólogo de G. Mottura al libro de A. Orlandini y G. Venturini, *Padrone arrivedella a battitura*, Feltrinelli, Milano, 1981.

problema de crear una multiplicidad de instrumentos organizativos colaterales, dirigidos a consolidar la propia capacidad de respuesta de la organización a las necesidades concretas de los agricultores. Nacieron así: el *Ente di Patrocinio e Assistenza per i Coltivatori Agricoltori* (EPACA), para la previsión social; el *Istituto Nazionale per L'Istruzione Professionale Agricole* (INIPA), en cuyo seno se desarrolló más tarde una *Scuola de Cooperazione* (1968), un *Centro per la Formazione di Quadri Dirigenti* (1968) y los primeros «Clubs 3P» (círculos juveniles que basaban su nombre en las palabras «probar, producir, progresar», nacidos experimentalmente en 1956, y que después se articularon en la *Federazione Italiana Clubs 3P*); el *Movimento Femminile Rurale* (fundado en 1953 y transformado en 1975 en *Movimento di Categoria delle Donne Coltivatrice*); el *Movimento delle Giovani Rurale* (1959) y los *Gruppi Giovani Coltivatori* (unificados en 1975 en el *Movimento Giovani Coltivatori*); los *Gruppi Coltivatori Sviluppo* (constituidos en 1967 en *Federazione Nazionale*), encargados de favorecer experiencias voluntarias de agricultura de grupo entre los titulares de explotaciones relativamente homogéneas, contiguas o cercanas; la *Federazione Nazionale Pensionati Coltivatori Diretti* (Federpensionati, 1972); la *Federazione Nazionale Pastori* (Federpastori, 1957); *Terra-nostra* (asociación para el turismo en zonas rurales, presente en 1979 en la comisión consultiva para el agroturismo del Ministerio de Agricultura, y en 1980 en el grupo de trabajo sobre agroturismo del COPA en Bruselas); *Interscambi* (nacida en 1966, para organizar viajes de estudio turístico-agrícolas, intercambios de trabajo y estancias de estudio en países de la CEE y de fuera de ella, así como para la participación de agricultores en reuniones internacionales, contactos de técnicos, sindicalistas y especialistas extranjeros con la agricultura italiana, etc.)

A través de esta densa red de iniciativas, desarrolladas por instituciones bastante eficientes y convenientemente financiadas, la *Coldiretti* se aseguraba una penetración capilar y extensa de sus presupuestos ideológicos corporativos en la

agricultura italiana. Especialmente, las iniciativas asociativas de formación y «promoción» de la identidad campesina —fuertemente conectadas, de un lado, a la difusión de contenidos técnicos, y de otro, a la extensión de redes de relaciones de tipo clientelar sobre bases locales pero ampliamente sostenidas y estimuladas desde las estructuras nacionales— han demostrado cómo este *influjo cultural* consiguió traspasar los propios confines de la amplia influencia política de la Confederazione. Un fenómeno que parece confirmar esta cuestión (en despecho de todas las interpretaciones simplistas que se han dado —como se ha dicho— en la literatura de izquierda sobre este tema) es el de la «*doppia tessera*» —es decir, el de la afiliación simultánea de un mismo individuo a la Coldiretti y a otro sindicato—, extendida particularmente durante el período 1950-70, pero de nuevo constatable en años sucesivos y en áreas agrícolas de tradición «roja».

Hay que señalar, en fin, la fortísima presencia de la Coldiretti, y de entes y asociaciones a ella ligadas, en el campo de la publicidad y en el editorial relacionados con la agricultura. También aquí, la transmisión de posturas y contenidos político-ideológicos aparece entrelazada estrechamente a una actividad de *información y divulgación*, y en algunos casos también de *publicidad especializada*, destinada a responder a un espectro bastante amplio de exigencias en términos de involucrar a todas las ramas productivas y de profundizar en los diversos temas.

Todo esto ha tenido una *importancia estratégica* particular en lo que respecta a la formación, la orientación y la actualización de funcionarios, técnicos y profesionales de diversos tipos que operan en el sector agrario, aunque en este caso *independientemente de sus posiciones y convicciones políticas*.

2. LOS AÑOS DE LA MADUREZ Y DE LA MADURACION DE LOS ELEMENTOS DE CRISIS EN EL BLOQUE MODERADO

A lo largo de las décadas 60 y 70, la sociedad italiana en su conjunto es atravesada por procesos de radical transformación, que modifican profundamente —en múltiples niveles— sus estructuras básicas. El paso definitivo hacia una economía industrializada venía acompañado de radicales cambios en las relaciones entre sectores y ramas productivas, en la estructuración de los servicios, en las relaciones políticas y, más en general, sociales entre las clases, en la estratificación y composición internas de cada una de éstas, en las tejidos institucionales y en las características culturales del país (2).

En dicho periodo, múltiples elementos de crisis van madurando sus efectos en el seno del área moderada: efectos que —en lo que se refiere a instituciones y organizaciones que operaban en la agricultura— aparecen sustancialmente diferenciados en tres tipos. Un primer tipo, relativo al *grado de representatividad* de dichos organismos y a sus relaciones con una base social en fuerte transformación; un segundo, relativo a la *estructuración interna* de lo que habíamos llamado «bloque corporativo»; y un tercero, relativo a las relaciones y a la *posición político-operativa de dicho bloque en el panorama general del área moderada, en la cual la DC constituía el principal polo de agregación*.

Antes de entrar en materia, conviene, sin embargo, prevenir al lector de una cuestión: el término «crisis» puede parecer excesivo, sobre todo referido a las fases inicial y final

(2) No es éste el lugar para analizar de modo preciso este enorme movimiento, cuya puesta en marcha suele ser situada en los años del llamado «milagro económico italiano» (1958-1963). Por otro lado, incluso estando disponible una abundante literatura sobre los diversos aspectos del proceso, no existen todavía obras capaces de ofrecer una visión de conjunto suficientemente articulada y profunda. En la lectura de las páginas que siguen, se debe, pues, tener en cuenta el cambio radical de escenario ocurrido a lo largo del ventenio 60-80, y sobre todo de sus características fuertemente *dinámicas* (en el sentido en que este término es usado por A. Giddens en su *The Class Structure of the Advanced Societies*, London, Hutchinson e Co. Publishers. Ltd., 1973; ed. italiana il Mulino, Bologna 1975).

del período de tiempo considerado. En lo que respecta a la primera fase —que va desde los últimos años cincuenta a la mitad de los sesenta—, se han dicho ya bastantes cosas en este artículo. Son los años en los que la estructura organizativa y financiera edificada por Bonomi y sus colaboradores parecía comenzar a recoger los éxitos más significativos y maduros. Estos éxitos son evidentes en su capacidad para adecuar —a través de graduales transformaciones en sus competencias específicas y campo de acción— los órganos operativos a la creciente diferenciación de las exigencias e intereses de los diversos estratos de agricultores; en su capacidad para implicar de forma directa a un número cada vez más significativo de empresarios agrícolas e industriales en la actividad desarrollada por las ramas operativas o colaterales de la Federconsorzi; en su capacidad para aumentar la gestión de dinero público asignado a esta entidad, y en la notable y ya consolidada capacidad de presión política del conocido «feudo bonomiano» globalmente considerado (3). No parece haber duda, en definitiva, aunque el tema merezca seguramente posteriores profundizaciones, sobre el hecho de que la Coldiretti fuese en los años sesenta uno de los protagonistas de la amplia discusión sobre el tema de la reestructuración de la agricultura italiana.

(3) Es precisamente en estos años cuando se acuña dicho término por un valeroso intelectual radical —Ernesto Rossi—, infatigable y escrupulosísimo estudioso de los «errores ordinarios, cotidianos, profundamente corrompidos, del régimen democristiano y clerical». De E. Rossi se ha citado ya su obra *Viaggio nel feudo di Bonomi*, Ed. Riuniti, Roma 1965; del mismo autor véase: *Settimo: non rubare*, Laterza, Bari 1956; *Il Malgoverno*, Laterza, Bari 1954; *Aria fritta*, Laterza, Bari 1956; *I nostri quattrini*, Laterza, Bari 1964. Además, este mismo autor revisó la publicación *La Federconsorzi, Atti del Convegno del 30-31 de marzo 1963*, Feltrinelli, Milano, 1963.

La relativa facilidad con la que en aquellos años sesenta fueron prácticamente ignoradas —o directamente despreciadas con descaro como «conspiración comunista»— las denuncias y las informaciones más específicas y particulares (presentadas y apoyadas por personalidades no pertenecientes a la izquierda marxista, sino de la escuela liberal radical o republicana) sobre las irregularidades y malversaciones imputadas tanto a la Federconsorzi «reformada» como al gobierno y al propio Estado (en términos de falta de controles en el ejercicio de funciones públicas o de funciones financiadas con dinero público), dan a posteriori la medida del poder acumulado por el grupo bonomiano en aquellos años. Una medida tanto más significativa si se recuerda que eran los años en los que, con el centro-izquierda, una parte del movimiento obrero entraba en tareas gubernativas después de quince años de oposición prácticamente frontal.

Dos elementos de notable importancia estratégica convergen en esos años para evidenciar la necesidad de un enérgico y claro empeño de las fuerzas políticas en la elaboración y aplicación de una política integral para las estructuras agrarias. De un lado, en el interior del país, se estaba produciendo un *importante flujo de éxodo* provocado por la creciente demanda de fuerza de trabajo por parte de la industria nacional en el quinquenio 1958-62 y continuado después a ritmo elevado durante la década de los sesenta, fundamentalmente como respuesta a la permanente demanda originada por el resto de las economías europeas. Incluso tratándose de flujos migratorios *no definitivos* (caracterizados, así, por un elevado «*turn over*»), ellos se configuran, sin embargo, como *definitivos* en la gran mayoría de los casos bajo el perfil del abandono de la actividad agraria.

De otro lado, la intensificación de las experiencias ligadas a la pertenencia a la CEE (cuya política agraria aparecía en aquellos años caracterizada más por la actividad de la sección «garantía» del FEOGA que por la de «orientación») condujo bastante pronto a evidenciar las raíces estructurales de la posición de desventaja relativa en que Italia se encontraba con respecto a sus colegas centroeuropeos (4).

Las primeras señales de cómo en el interior de la Coldiretti la importancia de dichos elementos era percibida desde una doble perspectiva (*defensiva*, como riesgo de

(4) Hay que decir, sin embargo, que en los primeros años la profundización *específica* en este tema se ralentizó bien pronto; en este sentido influyó, probablemente, la convicción —entonces bastante extendida— de que la reestructuración se pondría en marcha de forma espontánea. La discusión sobre la necesidad de una política estructural más incisiva es más tarde relanzada notablemente por Mansholt en la segunda mitad de los sesenta, pero registra en Italia un nuevo relanzamiento en los años setenta. Sólo al final de aquella década se produjo una recuperación del interés científico y político por esta problemática. Al respecto véase: CNEL, *Observazioni e proposte sulla politica comunitaria e nazionale della strutture agricole* (a cargo de M. de Benedictis), Roma 1978; M. de Benedictis, «Contraddizioni e conflitti di interesse nella politica agraria comune», *La Questione Agraria*, n.º 1, 1981; C. Barbarella, «La politica delle strutture nella Comunità: bilancio e prospettive», *La Questione Agraria*, n.º 1, 1981; CEE (Direction des Politiques Regionales), *Effets régionaux de la politique agricole commune*, Bruxelles, 1980; M. de Benedictis (a cargo de), *L'agricoltura nello sviluppo del Mezzogiorno*, Il Mulino, Bologna, 1980; G. Marcora, *La questione agraria e l'Europa*, Edagricole, Bologna, 1980.

disgregación social en el interior de su propia base; pero también *de estímulo*, como ocasión estragógica para reservarse (?) como eje de la política moderada en la agricultura para la nueva fase que iba perfilándose), se encuentran en los debates de su XIV Congreso Nacional (abril de 1960), dedicado enteramente a la evaluación del *Plan quinquenal para el desarrollo de la agricultura*, texto presentado dos meses antes en el Consejo de Ministros por el ministro Rumor, y reivindicado por Bonomi como creación propia (del mismo Bonomi es el término *Plan Verde*, con el que se le llama habitualmente). Sin alejarse del tema que estamos tratando aquí, vale la pena subrayar dos aspectos de aquel debate sobre las nuevas orientaciones de la política agraria. a) El carácter de *fase transitoria* que se pretendía atribuir al período de aplicación del primer Plan Verde: el mismo Bonomi, en su informe al Congreso, usa muchas veces el término «proceso evolutivo» destinado a incrementar «el espíritu de iniciativa, la preparación técnica y el sentido de responsabilidad de los agricultores», aunque —al mismo tiempo— insiste en reivindicar un esfuerzo del Estado que tenga en cuenta que «en la agricultura se trabaja más y se gana menos». b) El carácter, por así decirlo, ambivalente del texto de la ley, que preveía explícitamente la coexistencia en el Plan de dos normativas, sintetizadas del modo siguiente en un documento de la misma Coldiretti: «1) inversiones generadoras de una mayor productividad; 2) inversiones ventajosas, basadas en la perspectiva de una cierta remunerabilidad».

Traducido con claridad, pero sin separarse mucho de los textos de la época, sería como decir que la política «asistencial» indiscriminada, acompañada de abundantes inversiones en grandes obras de infraestructura, venía quedando desfasada cada día más por la radical selección operada en el mundo agrícola por el éxodo, reduciendo, en primer lugar, las filas de los «coltivatori diretti».

Todo esto daba fuerza y razones a los empresarios agrícolas (pero también a los grupos campesinos más sólidos) en su afán por modificar los criterios del gasto público en dos

sentidos: en el sentido de sustituir las ayudas a cuenta por una política crediticia más racional, «orientada» hacia objetivos de desarrollo; y en el de pasar de unas consideraciones genéricas sobre la defensa del *sector*, concebido como un todo indiferenciado, a una política articulada que identificase como interlocutores privilegiados de la intervención pública a las *explotaciones* realmente susceptibles de desarrollo y que, al menos en parte, ya operasen según las reglas de la producción mercantil (y estuviesen, además, en condiciones de aprovechar las oportunidades técnicas ofrecidas por las grandes inversiones infraestructurales de la década anterior) (5).

Por ese camino, la Coldiretti, de un lado, reivindicaba la bondad de la política aplicada en el pasado, y de otro —fortalecida por el patrimonio organizativo y por el poder acumulado en los quince años precedentes—, se reservaba para la cogestión de la nueva política, aconsejando, sin embargo, que sería aventurado no tener en cuenta la necesidad de una *fase transitoria* de mediación, que evitase desorientaciones y dispersiones parciales en el susodicho patrimonio.

Que las cosas, sin embargo, no estaban del todo tranquilas (particularmente en el interior del «feudo»), se pondría de manifiesto al año siguiente a través de diversos signos. No parece casual, por ejemplo, que los representantes de la *Coldiretti* en la Conferenza Nazionale dell' Agricoltura, celebrada en 1960, empuen todo su considerable peso político en obtener que el párrafo 26 del informe final declare: «El abastecimiento de medios técnicos a la agricultura se canaliza de forma notable a través de la organización de los «Consorti Agrari» y de su Federazione. Las dimensiones de dicha organización han provocado, a su vez, la acusación de monopolio. Pero hay que rechazar tales opiniones, recordando

(5) Esta última observación es señalada justamente por G. Fabiani en *L'agricoltura italiana tra sviluppo e crisi...*, op. cit. Menos correctamente, desde mi punto de vista, este mismo autor extrae de ahí el argumento para criticar la hipótesis de la continuidad sustancial, en cuanto a su inspiración, entre la «campesinización» fascista y la política «fondiaria» de los años cincuenta.

que se comete, haciéndolo así, el frecuente error de confundir las dimensiones de un organismo con su carácter monopolístico. La función de los «consorzi» agrarios y de su Federazione se sitúa, en el marco de la política de mejora de las condiciones exteriores a las explotaciones, como instrumento válido para afianzar el proceso de renovación de la agricultura».

Palabras que, aunque, de un lado, suenan a advertencia *hacia el exterior* (recordando, además, una verdad indudable: que la Federconsorzi era, en la realidad, la única estructura técnicamente en condiciones de asumir —gracias también a una experiencia cincuentenaria— la gestión del nuevo curso que se iba abriendo camino), de otro, suenan también como advertencia a algunos *sectores internos* (recordando, por ejemplo, a algunas corrientes —presentes sobre todo en «consorzi» septentrionales que habían manifestado alguna impaciencia e intolerancia hacia la «tutela» impuesta por la Federconsorzi— la utilidad de continuar aprovechándose del «escudo» político de la Coldiretti. Palabras que podían también dirigirse a reprimir el nacimiento de tendencias hacia una excesiva radicalización agitadora y populista que estaba aflorando (y que representará un fenómeno digno de destacar a lo largo de toda la década) entre los grupos más jóvenes de técnicos ligados —por razones fundamentalmente locales— a realidades campesinas especialmente golpeadas por el éxodo o por procesos de empobrecimiento y marginación, recordándoles que las raíces del poder y de la influencia de la Coldiretti se extendían más allá de los confines de la propia Confederazione.

Otro tanto significativo parece ser, el énfasis particular (aunque guardaba relación con la habitual «foga tribunizia» del personaje) con el cual Bonomi, en su informe al XV Congreso Nacional (abril 1961), afirmaba repetidamente lo siguiente: «es nuestra Confederazione, y sólo nuestra Confederazione, la que desde quince años en todos sus congresos, en todas sus manifestaciones, en todas sus tomas de posición, ha anunciado la necesidad e inevitabilidad de una

política agraria moderna e integral que implique a todo el Gobierno y no a simples ministerios». Más que como un mensaje de cohesión lanzado a los delegados asistentes al congreso, el citado informe puede verse como otro tipo de mensaje, muy parecido a una advertencia, lanzado a una DC propensa, entonces, a dar vía libre al primer experimento de centro izquierda (6).

En los años siguientes, esta coexistencia de signos de fuerza y éxito, de un lado, y de síntomas de contradicciones y preocupaciones, de otro, continuará siendo constatable. Así, junto al indudable peso asumido entonces por la Federconsorzi en la gestión del I y II Plan Verde (cuya aplicación cubre toda la década de los sesenta), surge como contrapunto la multiplicación de signos de discrepancia política y episodios, a veces clamorosos —en la medida en que eran localizados—, de disenso en las relaciones entre la Coldiretti y su base social. Se trataba —bueno es recordarlo— de una base social bastante diferente de la de los años cincuenta. En efecto, el campo italiano ya no albergaba —bajo formas «campesinas»— la cuota principal de la sobrepoblación relativa existente en el país, pero el éxodo, continuando a ritmo elevado durante los años sesenta, había puesto en evidencia bastantes más cosas que el simple hecho de sacar a la luz, en forma de fuerza de trabajo genérica a disposición de otros sectores capitalistas nacionales o no, aquella cuota. El éxodo había, además, erosionado sensiblemente aquellos mismos estratos campesinos que, a caballo entre los años cincuenta y sesenta, se habían iniciado en la vía de superar su dependencia del gasto público asistencial y su supervivencia en una lógica de

(6) Ese mensaje fue inmediatamente descifrado y asumido por el secretario político de la DC, Aldo Moro, presente en el Congreso, quien respondía, entre otras cosas: «Sin vuestra colaboración, sin vuestra aportación, sin la respuesta que la Democracia Cristiana ha encontrado constantemente en vosotros, la vida difícil de estos años de recuperación democrática habría sido diferente (...). Por convicción, y por deber, yo deseo subrayar en este momento la profunda gratitud de la DC hacia vosotros». Hay que constatar que desde 1961 hasta 1986, Italia ha tenido 24 gobiernos de composición políticamente diversa: en ese período, sin embargo, el ministerio de agricultura (que han ocupado 12 ministros) ha sido *siempre* asignado a un democristiano.

simple reproducción (7). Los «coltivatori diretti» que habían conseguido pasar —permaneciendo como tales— la puerta estrecha del primer quinquenio de los años sesenta (de forma bastante más clara en las regiones septentrionales, pero también en muchas zonas del centro y sur del país), estaban ya orientados en la línea de ser titulares de explotaciones predominantemente productoras de mercancías y protagonistas de la gran ola de mecanización verificada en la década, estando, además, ansiosos de tierra para asegurarse no ya la supervivencia física sino la posibilidad de adecuar sus explotaciones a las exigencias de la agricultura moderna (o aspirante a ella) en un área industrializada. Por todas estas razones, se veían incitados ya a expresar, de modo cada vez más consciente, una demanda creciente de servicios a la producción, de asistencia técnica, de mejores modelos de relaciones con el mercado, de organizaciones de la producción, de integración con el resto de los sectores, de asociacionismo y de administración.

Unido a esto, hay que tener presente que en aquellos años comienza a extenderse de forma constante el fenómeno de la *agricultura a tiempo parcial*, que aunque, en parte (y en ciertas áreas territoriales, sobre todo), puede ser interpretado como una de las formas en que se expresan los procesos de proletarianización o simplemente de empobrecimiento de los núcleos campesinos, se puede, por el contrario —en relación con un estrato bastante extenso y denso de agricultores, que opera en áreas cuyo tejido productivo y de servicios se presenta desarrollado y modernizado en su conjunto— legítimamente interpretar como *una* de las formas posibles en las que tendían a articularse agriculturas orientadas en la vía de

(7) En este sentido, en el citado artículo «L'intervento pubblico in agricoltura dal 1948 al primo centro-sinistra», Ed. Riuniti, Roma 1980, he señalado la necesidad de distinguir un *primer periodo* (1957-1963), en el que el éxodo es considerado un «pull effect» de la expansión de la industria nacional, y un *segundo periodo* (1963-mitad de los setenta), en el que al «pull effect» generado principalmente por economías de otros países europeos se une, y luego lo sustituye, un nuevo fenómeno: la adquisición —por parte de la agricultura italiana— de la capacidad de generar un «push effect», aunque como consecuencia de las nuevas orientaciones de la política agraria nacional e indirectamente de la PAC.

una creciente especialización productiva de las explotaciones (8).

A diferenciar más claramente con respecto al pasado las características de la base social «privilegiada» a la que la Coldiretti continuaba refiriéndose, va a contribuir —en los años sesenta— un dato político de relieve, en el que parecen resaltar con mayor nitidez las dificultades encontradas por la organización en su tentativa de «relanzamiento». Me refiero a la necesidad de renovar profundamente —de ahí las llamadas a la «tradición»— las posiciones, los planteamientos, el estilo de trabajo y la preparación de sus cuadros con el fin, por así decirlo, de capitalizar la difusión del «nuovo corso» en los contactos directos con sujetos sociales sometidos a procesos de cambio rápidos y consistentes; procesos que tenían lugar en una fase económica general marcada por una conflictividad creciente y extendida y, en fin, en una economía en la cual la agricultura aparecía ya reducida a «tercer sector» en lo que respecta a la población activa y a su incidencia en términos del PIB.

Aunque ya en 1963, con el habitual lenguaje triunfalista, las actas del XVII Congreso Nacional de la Coldiretti anunciaban la culminación de un proceso de «amplia clarificación» sobre las posiciones de la organización respecto a una serie de cuestiones de fondo (que, por otro lado, hasta ese momento ningún documento notable las había caracterizado como de controversia), en el mismo fascículo —en un párrafo posterior— se invitaba a concebir dicho proceso de clarificación «como un esfuerzo que debe caracterizar incesantemente las relaciones entre la organización central y los “coltivatori”, los cuales vienen siendo cada año liberados de aquel deprimente aislamiento que constituía un factor negativo para la formación de una conciencia nacional sobre la fuerza de esta categoría» (9).

(8) La discusión sobre las definiciones e interpretaciones de este fenómeno dura ya en Italia veinte años. Renunciando a ofrecer aquí una bibliografía, aún sintética, al respecto, me limito a recordar uno de los libros italianos que recientemente han sido publicados sobre esta materia: O. Pieroni, *Agricoltura a tempo parziale*, Il Mulino, Bologna, 1983.

(9) Nótese la ambigüedad de esta formulación (extraída, como se ha dicho, de las

Los diez años siguientes no parecen presentar, desde este punto de vista, cambios dignos de notar. La hábil espectacularidad de masas de las reuniones nacionales —en las que aparecen siempre como contrapunto las bendiciones papales, la presencia de los máximos dirigentes del gobierno y de la DC, la exposición triunfalista de las iniciativas desarrolladas («3 millones y medio de copias de los diversos diarios publicados por la Confederazione llegan cada mes a las casas de las familias campesinas»; «400.000 agricultores siguen los cursos de instrucción del INIPA»; «el Movimiento Giovanile ha alcanzado los 8 mil grupos; el Femminile los ha superado»—, etc.)— no logra ocultar las preocupaciones, organizativas y de estrategia, que emergen puntualmente en cada reunión anual de cuadros dirigentes.

En los años 1966 y 1967, por primera vez en su historia, la Coldiretti no celebra sus congresos nacionales. En la reunión económica que organiza en enero de 1967, el tono empleado es el característico —durísimo— de los momentos de emergencia: se reivindica una defensa más decidida de los precios agrícolas (discurso que será retomado por la reunión de cuadros dirigentes celebrada algunos meses después, con particular referencia al precio de la leche), y sobre todo se denuncian con aspereza «los desequilibrios entre las categorías», contraponiendo —clásicamente— la «cucaña salarial» a la «lentitud de las respuestas dadas a las urgentes necesidades del Sur» (10).

Actas oficiales del 17 Congreso Nacional), en la que es difícil comprender si la «liberación de los campesinos del deprimente aislamiento» de los períodos precedentes es un fenómeno general de fondo al que la organización debe responder adecuadamente, o el resultado de las relaciones que la organización ha venido estableciendo con los propios campesinos.

(10) «Cucaña», literalmente equivale a «sobreabundancia, sobre todo de "cibi" e "levande" de alta calidad, de la que se puede gozar a voluntad e indefinidamente sin haber tenido que trabajar para merecerlo». En el delicado léxico «tribunicio» bonomiano de los años cincuenta y sesenta, se recurre frecuentemente a usar ese término para designar la «facilidad» con que los obreros obtenían aumentos salariales, comparada con la dureza y fatiga con que los campesinos se ganaban la vida. Sin embargo, usar esa expresión en 1967 no parece un signo de particular adecuación no parece un signo adecuado a las condiciones reales de vida y a las experiencias históricas concretas (entre las cuales, como se ha visto, el «part time» en expansión, tanto al sur como al norte del país) de los campesinos italianos y de sus hijos obreros.

En realidad, lo que emerge entre las décadas sesenta y setenta es una doble crisis general, en la cual la crisis del «feudo bonomiano» no es más que un aspecto de ella. En efecto, la *crisis política e ideológica del bloque moderado*, desde más de veinte años hegemonizado por la DC (terremoto de no pequeña importancia, por las repercusiones que ha implicado su evolución en el conjunto del sistema político italiano), es el inicio de una *crisis del modelo de desarrollo industrial* en cuya gestión política la DC había invertido toda su energía desde la postguerra mundial. En este cuadro es donde salen a la luz —y tenderán a dramatizarse a lo largo de la década de los setenta y años posteriores— los problemas que al principio de este apartado habíamos definido como de posicionamiento político estratégico del bloque bonomiano en el panorama de las fuerzas moderadas.

Al finalizar los años sesenta —a pesar de que continúa la vehemente campaña por el sostenimiento de los precios, las degradaciones fiscales, la equidad asistencial—, una década que, por muchas razones, puede ser definida como de búsqueda de una *nueva identidad* en la Coldiretti (búsqueda que da un sentido unificador al trabajo invertido por conservar intactos la unidad y el poder de presión política), dos pilares de su historia y de su ideología parecen reaparecer de *forma nueva* en el marco de una reflexión sobre la política agraria como eje de una línea general de programación democrática: a) *la afirmación de que las explotaciones familiares son el modelo a privilegiar en la agricultura* («hay que decir *no* a las explotaciones atomizadas y a las explotaciones colectivas, *sí* a las explotaciones familiares», concluye Bonomi en la Conferenza Nazionale Ortofrutticola, en abril de 1968), y b) *la identificación del «egoismo obrero» como causa principal de las dificultades económicas y de los desequilibrios de rentas existentes en el país* (la «cucaña salarial»). Pero el desarrollo de dichas posiciones en el campo bonomiano —que en línea de principios no eran contradictorias con las opiniones expresadas por muchos altos dirigentes de la DC y de los partidos políticos que le apoyaban—,

parece suscitar ecos del pasado, incómodos en una fase política delicada como la que se inicia después de 1968. Por primera vez, desde 1947, en el frente moderado parece abrirse camino una opinión sólida contraria a identificar a corto plazo sus líneas de política agraria con los planteamientos bonomianos.

3. CONTINUIDAD Y METAMORFOSIS: LA CONFRONTACION POLITICA EN EL CAMPO MODERADO

Existen todavía diferencias entre los estudiosos de la izquierda italiana a la hora de valorar los cambios que afectaron a la Coldiretti en los años setenta (11).

No parece, sin embargo, existir duda alguna sobre el hecho de que a lo largo de dicho período se pone en evidencia la pérdida de «incisividad» de Paolo Bonomi, cuyo gran carisma personal no consigue compensar el vacío de línea programática y la repetición de argumentaciones, ni consigue ocultar lo inadecuado del lenguaje «tribunizio» que le es propio respecto a las nuevas exigencias, de sustancia y de imagen, de la Confederazione.

Entre sus colaboradores se había, mientras tanto, abierto camino Arcangelo Lobianco. Joven director de la Federazione Coldiretti de Nápoles en 1965 (año en que, por primera vez, toma la palabra en una reunión nacional de cuadros dirigentes), presidente más tarde de esa misma federación, diputado en el Parlamento y durante cuatro años subsecretario

(11) Han surgido interpretaciones ingenuamente optimistas, fundadas —a mi parecer—, sobre todo, en la idea de que en la Confederazione ha ido madurando un discurso menos instrumental sobre la programación democrática. Véase en este sentido el comentario que hace Guido Fabiani, de la Comisión Agraria del PCI, en relación con el Convegno de la Coldiretti de noviembre de 1982 sobre el tema «Agricoltura e mondo rurale degli anni '80: un progetto di società». (El comentario de G. Fabiani se encuentra en *Politica ed Economia*, n.º 12, 1982. En el n.º 4, 1983 de esa misma revista puede encontrarse una réplica de G. Mottura con el título «Il neocorporativismo ruralista della Coldiretti»).

en el ministerio de agricultura, su carrera es la de un «*homo novus*», criado en la organización, pero capaz también de hablar eficazmente en las grandes reuniones, introduciendo un lenguaje y una elocuencia argumental más analítica y procurando —aún en los momentos de mayor tensión— no separar la exigencia de movilizar de la de convencer o, al menos, de la de demostrar e informar.

A través de ese tipo de lenguaje, se abre camino, de modo cada vez más visible, el esfuerzo constante por *redefinir*, también teóricamente, la categoría de los «*coltivatori diretti*» y sus objetivos, insertando bastante más orgánicamente que antaño los términos en un doble contexto de consideraciones: de un lado, en la política agraria comunitaria, y de otro, en la programación interna, entendida como proceso decisorio que tiene por objeto no uno u otro sector económico, sino el modelo y la perspectiva globales del desarrollo socioeconómico italiano.

La tantas veces afirmada *centralidad de la cuestión campesina* (en un planteamiento conceptual en el que se pone ya extremo cuidado en distinguir los problemas de la *producción* de los de la *reproducción*) aparece, pues, en el contexto de aquel discurso, como una aproximación racional a los problemas que el renovado interés por la agricultura va despertando de nuevo en la atención de los políticos y de los actores económicos en los últimos años de la década de los setenta y principios de los ochenta. En el panorama, entonces bastante discontinuo y poco coordinado, de las discusiones que se van desarrollando en aquellos años en torno a las nuevas orientaciones de la política agraria, esta aproximación parece sacar fuerzas de flaqueza al estar empeñada en el problema de definir el rol de la *pequeña y mediana producción de mercancías* en un contexto económico global respecto al cual se reconocía la necesidad de una programación más atenta (12).

(12) En 1974, durante el Convegno anual de cuadros dirigentes de la Coldiretti, se hacen públicos los resultados de una investigación del *Istituto Nazionale di Sociologia*

Esto permitirá, de un lado, a Lobianco, excluir cualquier solución de continuidad respecto a la línea tradicional de representación prioritaria de los intereses de las explotaciones «diretto coltivatrici» (familiares). Pero, de otro lado, le permitirá desarrollar la tesis —implícita en la asunción de la centralidad de la *producción* y fuertemente ligada a las características sociales de los procesos de cambio en curso en la agricultura— de la necesidad de *distinguir* sin reservas, también en el análisis del pasado, «las acciones asistenciales de las realmente productivas», y, para el futuro, de *subordinar* las oportunidades y las posibilidades de las primeras (seleccionadas según necesidades reales y no deducidas exclusivamente de una lógica de mantenimiento de poderes clientelares) a las condiciones de éxito de las segundas (13).

Retornando a los acontecimientos de los años setenta, es posible revelar, en relación con la figura y la carrera de Lobianco, un elemento que parece significativo. El período en cuestión (por usar términos de la propia Coldiretti) es aquél en el que «su “colateralismo” con la DC está en la “cuerda floja”, la imagen está esclerotizada, sufre del viento iconoclasta que agitaba el mundo político desde hacía varios años sobre la ola de la crisis ideológica, moral y de valores desencadenada a raíz de 1968» (14).

Puede, no obstante, parecer singular que Lobianco, el personaje de mayor atractivo entre los posibles delfines de

Rurale (dirigido por el prof. Corrado Barbieris) sobre la aportación de las diferentes categorías de agricultores a la producción agrícola nacional: las explotaciones «diretto coltivatrice» (explotaciones familiares) (en propiedad o arrendamiento) contribuyen con una cuota del 71 %; las explotaciones «capitalistas», con una cuota del 19,3 %, y las explotaciones de «aparceros y colonos» con el 9,7 %.

(13) Una formulación particularmente explícita de estas posiciones (corroborada por la denuncia, aunque puntual, de los daños provocados en el último ventenio a la economía italiana por los «excesos de industrialismo» y por las «tendencias corporativistas» de la clase obrera) puede encontrarse en el informe de Lobianco al ya citado Convegno de la Coldiretti sobre «Agricoltura e mondo rurale negli anni '80; un progetto di società», Roma, 8-10 de noviembre de 1982.

(14) Traigo aquí estas coloristas expresiones de un artículo de F. Metrangolo, «L'Aquila bianca vuole volare. A colloquio col presidente della Coldiretti», *Pianeta Azienda*, n.º 12, 1978.

Bonomi, transcurra casi la mitad de esa década no en el grupo prioritario de dirigentes de la Confederazione sino en el puesto de subsecretario de agricultura en gobiernos DC (concretamente en el gobierno Andreotti de 1976, elegido gracias a la abstención del PCI en el Parlamento) y en gobiernos cuyo ministerio de agricultura, salvo en un período inicial de algunos meses, recae constantemente en la persona de Giovanni Marcora, quien —como se verá— puede ser considerado el líder de las corrientes modernizadoras de la política agraria democristiana y, para algunos, el crítico más notable —en nombre de una mayor eficiencia y productividad del gasto público en la agricultura— de las posiciones abiertamente particularistas de las asociaciones y entes ligados al bloque moderado (15).

Así, en 1974 —año de agitaciones contra las importaciones de carne y leche, y en el que la Coldiretti no celebró su congreso anual—, la única manifestación pública de la organización en la que Lobianco toma la palabra es la *I Festa Nazionale della Gioventù Rurale*, donde transmite el saludo del gobierno. Asimismo, en la importante *Conferenza Nazionale* de 1975 (año en el que las elecciones administrativas suponen en Italia un notable éxito del PCI y el estallido de fuertes enfrentamientos políticos en el seno de la DC, y en el que, en el plano comunitario, se crea el FEDER, se produce la decisión inglesa de adherirse a la CEE y tiene lugar la «guerra del vino» entre Francia e Italia), Lobianco no está entre los oradores oficiales: el informe es expuesto por Bucciarelli Ducci, que insiste con fuerza en los lazos tradicionales y en la continuidad de acción de la Coldiretti, y

(15) «Un punto cualificador de toda estrategia de política agraria nacional —escribirá Marcora en 1976— debe ser hacerse cargo de una participación efectiva en su gestión por parte de todos los organismos, públicos o no, interesados en ella. Además, esa estrategia debe conducir a un mayor control de estructuras, fundamentales para su gestión, que bajo la etiqueta del interés público enmascaran lógicas de mero interés privado». Estamos ya bastante lejos, como se ve, del planteamiento político obtuso que en los años sesenta había bloqueado cualquier intento de intensificar (o al menos de hacer operativos) los controles sobre la gestión de fondos públicos atribuida a la Federconsorzi. E igualmente lejos estamos de los modelos de asociaciones y de las concepciones sobre la autonomía de éstas que circulaban en aquellos años.

Bonomi, en su mensaje de apertura de los trabajos, pronuncia frases que suenan como una reprobación casi explícita a la DC y al gobierno, con la mirada puesta en la proximidad de la contienda electoral: «la Confederazine, amigos agricultores, no es una caña abatida por el viento. Se asemeja a una encina, sólida en los principios de su inspiración ideológica y en la afirmación concreta de la libertad y de la solidaridad que ha dado sentido a tantos años de presencia en la vida política y social del país (...). Conscientes de la confianza que tantos y tantos "coltivatori" mantienen hacia su Confederación —y ésta es su fuerza—, estamos abiertos a la relación y al diálogo con las otras fuerzas sociales y políticas. En la libertad y en la responsabilidad rechazamos toda confusión y toda instrumentalización». Desde el punto de vista electoral —en efecto—, la influencia de la Coldiretti no parece erosionarse: en las susodichas elecciones administrativas del 75, resultan elegidos 33 sobre 43 de los candidatos presentados por la Confederazione, y en las elecciones políticas del año siguiente los elegidos en la Cámara de Diputados serán 24 sobre 29 candidatos, y los del Senado 4 sobre 5 (con éxitos de preferencia personal comparables, en algunos casos, a las de los más altos dirigentes de la DC).

Pero la hipótesis del viejo Bonomi (de poder jugar una vez más con éxito esa carta electoral—producto de la persistente eficiencia de una poderosa máquina organizativa— en sus relaciones con el campo moderado, utilizando al mismo tiempo como espantapájaros la autonomía política de esa misma máquina) estaba ya destinada a ser desmentida por los hechos. Bien es cierto, que en el pasado el éxito político de la Coldiretti —determinado por la claridad y por lo incisivo de su línea, por sus opciones de referencia a una precisa base social— había servido para ofrecer los puntos de fuerza decisivos para la construcción de una potente máquina organizativa y electoral, y no al revés (sobre la evidencia de este hecho nos habíamos extendido ya suficientemente en las páginas precedentes). Sin embargo, en la segunda mitad de los años setenta, no subsisten ya (o se han enormemente

modificado) ninguna de las condiciones básicas de aquellos éxitos: por un lado, completamente modificado está el marco de las relaciones económicas en el país y el rol que juega la agricultura; y por otro, el renovado interés por este sector, del que ya hemos hablado, no significa una preocupación general dirigida, como antaño, a «congelar» y mantener segmentado el mercado de trabajo, sino que presupone el despliegue de procesos de integración vertical y horizontal entre ramas productoras de mercancías, su recomposición gradual en ciclos agroalimentarios y en sectores agroindustriales. Paralelamente, sobre el plano administrativo, la constitución de las Regiones multiplica los centros decisorios a los que conviene tener en cuenta. En fin, el clima de las relaciones entre los principales partidos políticos italianos aparece particularmente distante por las posiciones rígidas y por los tonos de cruzada propios de los años cincuenta. Así, aunque es cierto que casi un mes antes de las elecciones políticas ya citadas, de 1976, Bonomi pudo constatar con satisfacción la presencia del presidente del Consejo de Ministros Aldo Moro, del secretario político de la DC Zaccagnini y del ministro de agricultura Marcora (que no dirigirá la palabra) en la *Reunión de cuadros dirigentes de la Confederazione*, se puede afirmar tranquilamente que la única beneficiaria visible de ese apoyo formal del gobierno era la propia DC, que garantizaba, así, la continuidad del «collateralismo» electoral por parte de la Codiretti.

No parece, sin embargo, una hipótesis poco razonable decir que de la consumación de ese viejo rito —que, no obstante, reafirmaba la fuerza electoral de la Confederazione, dejando entrever otras posibilidades— había sacado también algunas ventajas las posiciones de Lobianco.

De igual manera que la estabilidad del mandato de Giovanni Marcora (como ministro de agricultura desde noviembre de 1974 hasta comienzos de 1980) nunca fue cuestionada seriamente por las iras bonomianas, las iras de Bonomi, dando con ello testimonio del distanciamiento con respecto a la lógica bonomiana de importantes estratos de

medianos agricultores «ricos» (por ejemplo, el potente grupo de los ganaderos de bovino de leche del Valle Padana, productores de casi el 60 % de la leche italiana, de los cuales el mismo Marcora era un claro exponente, socialmente hablando), tampoco fue discutida la colaboración de Lobianco —reconocido dirigente de la Coldiretti— como subsecretario del ministerio que aquél dirigía (16). Así, Lobianco sólo dejará el cargo gubernativo en enero de 1978, al ser *elegido vicepresidente de la Confederazione por el Consiglio Nazionale della Coldiretti*. Al año siguiente —después de las elecciones nacionales, que ven pasar de 27 a 73 los dirigentes de las organizaciones elegidos para el Parlamento, y las europeas, que envían a Bruselas 6 diputados de la Coldiretti (elegidos en las listas de la DC)—, Lobianco presenta un informe al Consiglio Nazionale (19 julio 1979) en el que afirma: «Es necesario adecuar la estrategia a los tiempos cambiantes, aunque en el respeto de los principios sobre los que se inspira. El nuestro es un papel activo, de protagonistas. Montecantini ha sido una etapa, no una meta» (17).

(16) Está claro que en esta parte se procede presuntamente, por indicios, utilizando como materiales de reflexión hemerotecas, actas y documentos disponibles; sólo la apertura de cualquier archivo, hoy impenetrable, permitirá en el futuro reconstruir fielmente esos acontecimientos y verificar o falsear las hipótesis expuestas, en particular para lo que respecta a los últimos quince años, de los cuales, por lo que conozco, estas páginas son las primeras en intentar hacer un balance con una mínima pretensión de integralidad. Sin embargo, la imagen de Lobianco como «submarino» bonomiano en el ministerio, que cualquier periodista ha difundido, me parece que corresponde bastante poco con la complejidad del juego de aquellos años y —sinceramente— con la talla del personaje.

(17) Desde mi punto de vista, es esta referencia seca, casi liquidatoria, a la *Conferenza Nazionale Organizzativa*, celebrada en Montecantini los días 20-22 de enero de 1975 (aquella —señalada más arriba— totalmente impregnada de la «fidelidad a la tradición», en la que Bonomi había pronunciado su discurso de apertura: «la Confederazione no es una caña abatida por el viento...»), la que clarifica el significado específico de esta cita, y en general del informe Lobianco de que se trata. En apoyo de esta interpretación, se puede recordar que esa misma Conferenza había afrontado los problemas de adecuación de la estructura organizativa de la Confederazione, *potenciando los «uffici» de las Federazioni* (órganos eminentemente burocráticos), mientras que la Conferenza Organizzativa dirigida por Lobianco casi ocho años después (Rimini, 9-11 marzo 1982) insistirá en la transformación de la *Sezione*, «de simple lugar de encuentro para la solución de problemas personales, a elemento central de acción sindical tendente a realizar el autogobierno de la categoría (...), foco para realizar una participación real». Al mismo tiempo, será relanzada la función de la Federazione Regionale, extendiéndose sus competencias. En la conclusión

Algunas matizaciones a esta aproximación, que entre otras cosas nada añade al habitual triunfalismo de ocasión, deben ser establecidas. Los trabajos del Consiglio son iniciados el 12 de septiembre, pero el 1 de agosto el presidente confederal Paolo Bonomi, por propia *disposición*, había delegado en el vicepresidente Arcangelo Lobianco el ejercicio de algunas tareas atribuidas estatutariamente a la presidencia, siendo ratificada dicha decisión por el Consiglio Nazionale, el 12 de septiembre, por unanimidad. Como culminación de estos acontecimientos —en un año en el que se produce una intensa discusión programática en el seno de la Confederazione (18); en el que esta organización participa en manifestaciones de agricultores en Estrasburgo ante la sede del Parlamento Europeo (donde Lobianco habla en nombre de todas las organizaciones agrarias italianas); en el que organiza una concentración de 150.000 agricultores en Roma; y en el que participa activamente en las elecciones regionales y administrativas (19)—, tiene lugar la 25 *Assemblea Generale* de la Coldiretti (14-15 y 16 de octubre 1980): en ella se aclama a Paolo Bonomi como presidente honorario y consejero nacional vitalicio, y el Consiglio Nazionale elegido de dicha Asamblea elige por unanimidad a Arcangelo Lobianco presidente de la Confederazione Nazionale Coltivatori Diretti (20).

de esa Conferencia, el mismo Lobianco hablará del paso de la Coldiretti «desde el diseño global del nuevo proyecto sindical» a la «gestión, día a día, de su presencia, de su fuerza, de su nueva "managerialità" en todos los niveles de participación económica». «No hay puestos —dirá concluyendo— para "rentas de posición" ni para juegos personales (...), hoy se respira el "aria" de la decisión, es decir, de la necesidad de pasar a los hechos y de romper el "accerchiamento"».

(18) Entre marzo y junio de 1980 se celebran los siguientes encuentros de la Coldiretti: «Coltivatori e mondo rurale nella riforma degli Enti Locali» (Roma, 3-4 marzo); «Mondo rurale e agricoltura per la riforma del credito agrario» (Napoles, 28 de marzo); «Mondo rurale e agricoltura: l'organizzazione del territorio» (Bologna, 22 de abril); «La programmazione contro gli squilibri settoriali, territoriali e sociali» (Roma, 20 de junio).

(19) La Coldiretti afronta las elecciones regionales y administrativas del 8 de junio con la siguiente consigna: «Es el momento de la presencia directa y no delegada. Basta de la participación impropia e indirecta». Son elegidos 26 diputados regionales, que se sumarán a los 8 ya elegidos en las Regiones con estatuto especial.

(20) El lema de la 25 Asamblea es: «Por un proyecto de los "coltivatori diretti" y del mundo rural, por el desarrollo global de la economía y de la sociedad civil en la perspectiva de la CEE».

Pero para comprender mejor el nudo interpretativo implícito en este párrafo y llevar, en fin, a buen término este ya largo artículo, conviene dedicar todavía algunas páginas a algunos aspectos caracterizadores de la obra de Giovanni Marcora, al que se ha aludido hasta ahora pero sin entrar realmente a analizar su actuación al frente del ministerio de agricultura (21).

4. ALGUNAS CARACTERISTICAS DE LOS PLANTEAMIENTOS DE MARCORA Y LOS DESARROLLOS MAS RECIENTES DE LA COLDIRETTI

Antes de las elecciones políticas de junio de 1976, el ministro Marcora había encargado la publicación de un opúsculo cuyo objetivo declarado era «ofrecer al debate electoral algunos elementos de reflexión sobre el problema agrario».

El tono de ese opúsculo contrastaba singularmente con el que había sido dominante en los documentos electorales del partido mayoritario, globalmente catastrofista y agresivo: piénsese que el escrito marcoriano se abría con el augurio de que «el momento electoral representa la ocasión de continuar en un esfuerzo que ha visto unidos en los últimos tiempos al Parlamento, a las Regiones, a las fuerzas políticas, sindicales, profesionales y cooperativas y, en particular, al ministerio de agricultura». El opúsculo se dividía en cuatro partes: una

(21) Lo que sigue es más que una presentación del personaje que ha personificado un desarrollo en muchos aspectos decisivos de la política agraria italiana. Esto es particularmente cierto en lo que respecta a la figura de «reformador institucional», que representó uno de los terrenos de sus batallas más apasionantes. Al respecto, remitimos al lector al indispensable libro de C. Desideri, *L'amministrazione dell'agricoltura (1910-1980)*, op. cit., que justamente pone el acento (véanse los caps. IV y V) en las transformaciones organizativas del ministerio y de sus organismos y servicios periféricos emprendidas por Marcora en un clima político «tutt'altro che compiacente» en el interior de su propio partido. A la obra de Desideri remitimos también al lector para obtener una amplia bibliografía sobre las discusiones desarrolladas en aquellos años en torno a otros temas de política agraria.

introducción general; una reseña crítica («el primer intento de revisión») sobre los últimos dos años de presencia en la CEE; una exposición relativa al paso desde la «intervención sectorial al gobierno programado de los productos agroalimentarios», concerniente tanto a la producción como al mercado; y, finalmente, una parte dedicada a las actuaciones de emergencia que debían operarse en materia de territorio y medio ambiente, en espera de la elaboración de los correspondientes programas integrales.

A esto seguía un apéndice documental, conteniendo cuatro «borradores de proyectos de ley» (sobre la zootecnia, sobre la reestructuración del AIMA, sobre la repoblación forestal y sobre la financiación de instalaciones e infraestructuras agrícolas o rurales) y seis hipótesis para futuros proyectos de ley (sobre descentralización regional y reestructuración del ministerio, sobre organizaciones de productores, sobre crédito agrario, sobre investigación agraria, sobre protección del medio ambiente y sobre «otras iniciativas legislativas»). La primera impresión que el documento provoca a un lector sensible a la habitual producción del bloque moderado sobre estos temas, es doble: de un lado, se advierte un esfuerzo verdaderamente insólito de integralidad, dirigido a explicitar y redefinir los nexos económicos e institucionales que constituyen el tejido de la política agraria en sus relaciones específicas con las estructuras agrarias; de otro, se constata el definitivo agotamiento del aparato conceptual y de la terminología a los que habíamos estado habituados desde más de una treintena de años, y que habían estado ligados explícitamente a la doctrina social cristiana en su aspecto de ruralismo pequeño burgués (22).

Bajo estas modificaciones, no es difícil entrever (como se ha señalado muchas veces) los efectos de los amplios procesos

(22) Para una más amplia discusión y documentación de las tesis sostenidas en estas páginas, véase: C. Cesaretti, G. Mottura, A. Russi, *L'imbroglia agricolo alimentare. Il nodo del dibattito sulla politica agraria in un anno di governo delle astensioni*, Rosenberg Sellier, Torino, 1977.

de reestructuración que habían atravesado, particularmente desde hacía quince años, la agricultura italiana. No por casualidad, en la apertura del documento en cuestión, el propio Marcora señalaba, como «nudo a desatar» para iniciar una incisiva política de intervención, la necesidad de identificar claramente «el papel a jugar por el desarrollo del sector primario en el proceso de crecimiento del sistema económico general». Pero en el origen de este planteamiento no estaba sólo la clara consciencia de que se había producido ya desde hacía tiempo la transición entre una *primera fase* (años 50), en la que el rol fundamental de la agricultura había sido el de contenedor de la mayor cuota de fuerza de trabajo excedente, y una *segunda fase* (iniciada en los años del «milagro económico»), durante la cual dicho papel había sido relegado a un segundo plano frente al rápido desarrollo del sector y a los importantes flujos de éxodo. En otras palabras, el problema de definir el rol del sector primario en la actual fase, tal como proponía Marcora a mitad de los 70, no parece que fuese sólo el de cómo consolidar —robusteciendo la estructura existente mediante una intervención pública más racional y articulada— el tejido impreso en la agricultura italiana por los acontecimientos de los últimos quince años en la *forma en que éste se había configurado*. No hay duda, sin embargo —y aquí está el «salto cualitativo» esencial que el ministro daba respecto al pasado, rechazando cualquier máscara ideológica «campesinista»—, que dicho tejido es aceptado como base para proyectar la intervención pública. Pero el peso de factores económicos y políticos de importancia general, tales como el fuerte déficit de la balanza comercial de productos agrícolas y las complicaciones derivadas de las difíciles negociaciones en el seno de la CEE, impedían, sin embargo, considerar la nueva situación en curso como una simple prolongación de la segunda fase iniciada en los años sesenta. La situación actual era ciertamente identificada como una *nueva fase*: no se puede de otra manera explicar el énfasis puesto por Marcora en el proyecto de estimular el desarrollo de iniciativas cooperativas en los diferentes niveles (iniciativas que no eran del todo incompatibles —obviamente— con

eventuales características capitalistas de las empresas individuales, pero que tampoco podían de modo simplista ser interpretadas como nuevos soportes de dichas características), o la precisión con que planteaba el problema de encontrar la vía adecuada para involucrar en el plan de desarrollo agrícola nacional buena parte de las explotaciones que no satisfacían entonces los criterios para la aplicación de la directiva 72/159 CEE sobre modernización (y me parece significativo que este problema viniese presentado como exigencia de «recuperación de las jóvenes fuerzas del trabajo y de las empresas por ellas gestionadas, para asegurar el recambio generacional»).

No hay, pues, un relanzamiento de la tradicional ideología «campesina», pero tampoco hay una pura y simple aceptación de las *formas actuales* del desarrollo capitalista en el sector agrario, que habían demostrado no estar en condiciones de generar una oferta de productos alimenticios adecuada a la demanda interna, siendo por ello, fuente de contradicciones peligrosas a nivel social y económico.

Dentro de este planteamiento, se puede entrever en el documento de Marcora una asimilación no instrumental del ruralismo mansholtiano, si bien enriquecido y articulado en dos direcciones esenciales para la situación italiana: de un lado, en la consciencia de que traducir las nuevas exigencias en líneas concretas y procedimientos operativos y en una reformulación de la «filosofía» de la intervención pública, implicaba también revisar los instrumentos institucionales, administrativos y políticos que eran propios del viejo planteamiento; y de otro, en el intento de ir más allá de la alternativa entre política de precios y política de estructuras, que dominaba desde hacía una década el debate de la CEE.

Sobre el primer problema volveremos en breve, buscando comprender cuál era el tipo de articulación institucional que Marcora juzgaba compatible e intrínsecamente necesaria para el desarrollo de su plan. En este punto es útil poner de relieve cómo Marcora, en todos sus escritos o discursos, se mostraba consciente de que la consolidación del nuevo tejido institucio-

nal no podría hacerse sin dolor, pues debería pasar por la erosión de posiciones de poder consolidadas en el pasado por obra y en beneficio de su propio partido (recuérdese a propósito el contenido de la nota 15 de este mismo artículo). En lo que respecta al segundo problema (política de precios versus política de estructuras), en el texto de Marcora resultaba fortalecido un juicio que desde hacía tiempo algunos sectores de la izquierda habían venido repitiendo: aquél según el cual en una agricultura como la italiana, y en una fase como la que se estaba atravesando, todos los datos coyunturales remitían —para ser interpretados adecuadamente— a la necesidad de transformaciones estructurales, no existiendo medida alguna de política agraria que apareciese realmente neutra respecto a dichas reformas.

Escribía Marcora: «... como se ha demostrado para nuestro ganado bovino, la política de precios y de mercados acaba, a la larga, por tener efectos estructurales y viceversa. Por este motivo, el verdadero nudo a desatar consiste en remover las causas que hacen desequilibrar la política de precios, y en asociar a ésta una política de estructuras que la complete y no que la sustituya».

Como se ha dicho más arriba, esto no es más que la asimilación del ruralismo mansholtiano aunque con una articulación bastante diferente de las opciones instrumentales y de procedimiento. Sería tal vez más exacto decir: aplicación a las condiciones y a los problemas italianos del ruralismo tecnocrático inspirado en los ambientes burocráticos de la Europa Verde más íntimamente ligados (también en términos ideológicos) a las aspiraciones de los empresarios agrícolas económicamente más dinámicos, y, por eso mismo, también más intensamente involucrados en las difíciles contradicciones que estaban viviendo. Cualquier idea adicional al respecto puede ser deducida de un rápido examen de los objetivos y de los instrumentos propuestos por el propio ministro Marcora en la parte final del citado opúsculo y en otras intervenciones posteriores.

Establecida la necesidad de proceder en dos fases (una, a medio y largo plazo, «dirigida a resolver los problemas socioeconómicos de la agricultura», y otra, a corto plazo, «tendente a crear las condiciones técnico-económicas para alcanzar ese objetivo»), Marcora introduce lo que en mi opinión constituye uno de los ejes principales de su concepción sobre el replanteamiento de la acción pública en el sector agrario: la definición del papel que en esa acción deben jugar los organismos públicos centrales y, en particular, el ministerio de agricultura.

Existen, dice Marcora, algunos vínculos institucionales (tanto decisorios como operativos) que no es posible ignorar: de un lado, como vínculo principal, está la CEE, y de otro, las Regiones, las cuales tienen en Italia competencias bastante amplias en materia de agricultura. En este cuadro, la acción del ministerio consistiría —en términos formales— en desempeñar una *función de coordinación* o, antes que nada, en realizar tareas de «revisión del rol a asignar a todas las instituciones agrícolas que giran en torno al Estado y a las Regiones».

En un ámbito estructural e institucional complejo y heterogéneo como el de la agricultura italiana, que presentaba todavía grandísimos márgenes para una acción de reestructuración, eso equivalía a replantear en términos nuevos las relaciones entre gobierno y regiones. Este nuevo planteamiento sustancialmente asumía la tendencia de los organismos centrales —en la forma institucional del *Comitato Interministeriale per la Programazione Agricolo Alimentare (CIPAA)*— a apropiarse, de hecho, del poder decisorio en materia de agricultura, ya fuese defendiendo para sí mismos la elaboración de las normas generales para las intervenciones en las ramas productivas fundamentales, o reservándose el control sobre las modalidades de ejecución de dichas normas, sobre los criterios «para una eventual adecuación de los programas regionales» y, en fin, sobre la distribución de los recursos financieros entre las diversas Regiones.

Como es evidente, se trataba de una nueva introducción del *centralismo*, tradicional característica de la gestión de la política agraria por parte del bloque moderado. Pero este relanzamiento no podía (para ser eficaz y no aparecer como simple camuflaje de viejas prácticas clientelares y oportunistas) limitarse a reducir las nuevas competencias descentralizadas (es decir, las regionales); debía también, y sobre todo, reconsiderar los peligros y los daños de la forma tradicional de descentralización, que había consistido en atribuir a la Federconsorzi y a otras entidades la gestión casi incontrolada de piezas importantes de la política agraria. Es aquí donde se inserta la propuesta de *nuevas formas de asociacionismo entre los productores agrarios*, estructurados según un modelo general opuesto en muchos aspectos al del pasado.

En las tres décadas precedentes, como se ha señalado, la cuestión política fundamental que se planteaban los moderados era la de desarrollar formas organizativas *horizontales*, por así decir, que agrupasen a los diferentes componentes de ese conjunto socialmente heterogéneo designado con el término genérico de «*coltivatori diretti*». Dichas operaciones habían ofrecido los presupuestos y la base para lograr el objetivo que lógicamente debía seguir a los anteriores: la conexión de dicho conjunto social con los estratos empresariales propiamente dichos, en una posición aparentemente autónoma pero, de hecho, subordinada.

Las nuevas organizaciones de productores, a las que el proyecto marcoriano convierte en uno de los principales interlocutores del CIPAA y del ministerio, son, por el contrario, estructuradas *verticalmente*, por ramas de producción. A ellas vienen atribuidas tareas y competencias en relación con su participación en la programación y ejecución de las orientaciones productivas de las correspondientes ramas, y con el *control de los circuitos de transformación y distribución de los productos específicos*.

Reaparece, pues, de forma nueva otra connotación tradicional de la política agraria moderada: *el ruralismo*. En el

discurso marcoriano, sin embargo, el ruralismo se basaba en una particular redefinición del sector agrario, abarcando también actividades que no se habían considerado antes como parte de la agricultura en sentido estricto (transformación, comercialización, etc.), *pero reafirmando la centralidad de los productores agrícolas como sujetos activos en ellas*.

Al mismo tiempo, conviene precisar la *concepción neocorporativa* implícita en esas nuevas asociaciones. Ellas, en efecto, aparecen como interlocutores *subordinados* del poder central desde el punto de vista de las normas generales (puesto que difícilmente, desde la óptica sectorial en que se mueven, estarían en condiciones de considerar la complejidad de los nexos sectoriales e intersectoriales que componen una visión orgánica de los problemas agrícolas), pero simultáneamente refuerzan las posibilidades de que los productores controlen algunas de las variables importantes que determinan el éxito de sus opciones e iniciativas, y sobre todo los sitúan en condiciones de influir a nivel local en las actividades de los organismos de programación (23).

Una vez más, considerando estas líneas evolutivas, la línea moderada parece capaz de erigirse en la más adecuada para asegurar una continuidad en la gestión de la intervención pública en la agricultura y, al mismo tiempo, para afrontar de modo eficiente los problemas madurados en la fase anterior.

En la afectuosa carta personal manuscrita enviada a

(23) Se debe tener en cuenta, en efecto, que en el primer proyecto marcoriano estas asociaciones, incluso debiendo asumir notable peso a nivel local y provincial, se erigían, en el nivel nacional, en *interlocutores directos* del ministerio (o mejor dicho, del CIPAA, como se ha señalado): de este modo, no sólo se excluía la posibilidad de que las Regiones ejercieran un tipo indirecto de control sobre las asociaciones, sino que se llega casi a reconocer, de hecho, a estas últimas —por así decir— un *rango* institucional comparable al de las primeras. No sorprende, pues, que esa concepción *vertical* y fragmentada por ramas productivas del nuevo modelo de organización propuesto, y su absoluta preferencia en el marco dentro del cual se debía elaborar el Piano Agricolo Alimentare, apareciese fuertemente hostil —casi como un total cuestionamiento de su tradición— al viejo aparato dirigente de la Coldiretti, desde siempre acostumbrado a concebir la organización como relación «orgánica» entre un *Centro* (hegemonizado en cuanto *autónomo* respecto al ministerio) y una *base social* organizada *horizontalmente*, tanto en sentido territorial como en el sentido de unificación de estratos y grupos diferentes.

Lobianco en febrero de 1978, con ocasión de la dimisión de éste de su puesto de subsecretario del Ministerio de Agricultura, Marcora, después de expresarle ampliamente su reconocimiento por el nivel y la seriedad de los cuatro años de experiencia de colaboración, y de haber aludido también, en términos concretos y positivos —como era su estilo—, a momentos de desacuerdo, concluía: «Hoy estamos en puestos diferentes, pero con los mismos objetivos. Demostrar al país que existe una clase dirigente que no juega, que no apuesta a los pequeños o grandes intereses personales, que quiere, sobre todo, construir un futuro civilizado y democrático: esto es lo que nosotros queremos» (24).

En la década siguiente —pequeña etapa en el futuro del que Marcora (muerto prematuramente en 1983) hablaba en su carta— no se ha, en verdad, asistido a grandes innovaciones en lo que respecta a la política agraria italiana. La misma discusión sobre la necesidad de un nuevo plan agrícola nacional, así como la discusión sobre la urgencia de una incisiva intervención sobre las estructuras, se han resentido fuertemente de la situación de creciente crisis decisoria en la que parecen estar los organismos comunitarios, y de los evidentes signos de estancamiento e impotencia que afligen, en modo particular, a la PAC.

Por el contrario, la Coldiretti parece haber culminado con éxito el proceso de su relanzamiento. En la *Asamblea General* de 1984, Lobianco definía así el estado de la organización: «La Coldiretti es el mayor, quizá el único, laboratorio de ideas y propuestas operativas en el mundo agrícola (...). Son necesarios nuevos procesos, nueva cultura, nueva gestión política (...). Debemos saber que nos esperan días y años difíciles, con pruebas y luchas difíciles. Este es el sentido de la discusión, no el gusto del slogan. Hemos ido a Estrasburgo, Bruselas, Atenas; hemos llenado las plazas (...) de todas las

(24) La reproducción del original de la carta en cuestión está incluida entre el material contenido en el volumen publicado por la Coldiretti con ocasión de las celebraciones por el cuarenta aniversario, que tuvieron lugar solemnemente los días 11 y 12 de febrero de 1985.

ciudades de Italia no por el gusto de la masa (...). No hemos de relatar las conquistas logradas en estos años por (los agricultores) ni escribirlas en el libro de entrada como en el pasado, pero hemos recuperado con dignidad y firmeza nuestro puesto en el país. Estamos de nuevo conectados con la sociedad viva, nos hemos sacudido de mediaciones parasitarias, hemos recuperado el gusto del gusto de combinar la lucha con la propuesta».

Hoy, a tres años de ese discurso (y a diez años del proyecto marcoriano de asociacionismo de productores agrarios en condiciones de extender su propio control sobre los ciclos de transformación, comercialización y distribución de los productos), es el mismo Lobianco quien sostiene que la Coldiretti debe superar la contradictoria condición de «gigante político y enano económico». En la *Conferenza Nazionale dell'Associazione Agricola* (diciembre 1986), él lanza una «provocación intelectual» —tal como la definió—: «Una agricultura orientada al mercado debe permitir, en primer lugar, a los productores ocupar un espacio adecuado y colocarse en posiciones equilibradas respecto a los poderes de los otros actores industriales y comerciales». La Coldiretti, prosigue, no puede «permanecer indefensa y pasiva frente a las maniobras del gran capital en el sector agroalimentario».

Ejemplos como los fraudes en torno al SME, la adquisición de Invernizzi por parte de la Kraft, la penetración de la Fiat en el sector de la gran distribución, el hecho de que los primeros veinte productores satisfagan el 60 % de la demanda de la gran distribución, son señales que no pueden ser ignoradas por quien organiza a los que producen el 70 % de la producción agraria italiana.

La reacción de los agricultores a las tendencias ligadas a estas señales (lo que ha sido definido «proyecto Águila») no puede ser, según la Coldiretti, más que una iniciativa dirigida a realizar tres condiciones de fondo: «una política de calidad homogénea; una masa crítica de producción y venta suficiente para negociar con las industrias abastecedoras de inputs y con

las grandes distribuidoras; una estructura propia de producción eficiente».

Corolario casi obvio de ese planteamiento es la apremiante necesidad —esta vez, sin embargo, reivindicada desde una cátedra completamente nueva— de *redefinir* el rol de los «consorzi» agrarios provinciales, con el fin de garantizar su eficiencia técnica, financiera y de gestión, y con la perspectiva de transformarlos en «puntos de venta especiales, capacitados no sólo para la comercialización de mercancías de origen agrícola o de medios de producción para la agricultura, sino para ofrecer a los socios un conjunto global de servicios, que vaya desde la concesión de avales en las nuevas líneas crediticias hasta un sistema de asesoramiento informatizado».

No es mi tarea prever si el «gigante político» conseguirá convertirse también en un «gigante económico». Me parece, sin embargo, interesante poder concluir de esta manera este largo artículo sobre una experiencia particular de neopopulismo ruralista: sobre todo, pensando en el ligero estupor que aflora en el rostro de colegas sociólogos cuando comprueban que —en tiempos de sociedades complejas— algunos se ocupan *todavía* de estudiar temas similares.

Bibliografía

- B. BAGES, *Les paysans et le syndicalisme agricole* (tesi di III^o ciclo), Toulouse, 1970.
- R. BRENNER, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Preindustrial Europe», *Past and Present*, LXX, 1970.
- J. J. CASTILLO, *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación del pequeño campesino*, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios (serie Estudios), Madrid, 1979.
- J. FAUVET et alt., *Les paysans et la politique dans la France contemporaine*, Cahiers de la Fondation National de Sciences Politiques, 94, Armand Colin, Paris, 1958.

- M. GERVAIS, M. JOLLIVET, J. TAVERNIER, «La fin de la France paysanne: de 1914 a nos jours», *Histoire de la France rurale*, tomo IV, ed. du Seuil, Paris, 1976.
- B. LAMBERT, *Les paysans dans la lutte de classe*, ed. du Seuil, Paris, 1970.
- S. MARESCA, *Les dirigeants paysans*, Les editions de Minuit, Paris, 1983.
- E. MOYANO ESTRADA, *Corporatismo y agricultura*, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios (serie Estudios), Madrid, 1984.
- M. PÉREZ YRUELA, *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba, 1931-36*, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios (serie Estudios), Madrid, 1979.
- F. PRÉVOST, *Mutation dans le syndicalisme agricole. Le courant Paysans-Travailleurs*, Chronique Social de France, Lyon, 1976.
- M. ROBERT, «Capitalisme et metamorphose du notable», *Etudes Rurales*, 65, 1977.
- M. RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, R. SORIA GUTIÉRREZ, (a cura di), *Lecturas sobre agricultura familiar*, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios (serie Estudios), Madrid, 1985.
- S. SCHWEITZER, «The Nazification of the Lower Middle Class and Peasants», *Third Reich*, International Council of Philosophy and Humanistic Studies, London, 1955.
- E. SEVILLA GUZMÁN, *La evolución del campesinado en España*, ed. Península, Barcelona, 1979.
- E. SEVILLA GUZMÁN (a cura di), *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural en España*, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios (serie Estudios), Madrid, 1984.
- F. A. SHANNON, *American Farmers Movement*, Princeton University Press, Princeton, 1957.
- Y. TAVERNIER, *Le CNJA*, Fondation National de Sciences Politiques, Etudes Syndicales, n.º 4, Armand Colin, Paris, 1964.
- Y. TAVERNIER et alt., *L'univers politique des paysans*, Cahiers de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 184, Armand Colin, Paris, 1972.

- J. TEPICHT, *Marxisme et Agriculture: le paysan polonais*, Armand Colin, Paris, 1973.
- G. O. TOTTER, «Labor and Agrarian Disputes in Japan following World War I», *Economic Development and Cultural Change*, IX, I, 1960.
- E. R. WOLF, *Peasants*, Foundation of Modern Anthropology Series, Prentice Hall, 1966.
- G. WRIGHT, *Rural Revolution in France*, Standford University Press, Standford Cal., 1968.
- F. WUNDERLICH, *Farm labor in Germany 1810-1945*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

RESUMEN

En este artículo su autor realiza un análisis interpretativo del desarrollo de la agricultura italiana en los últimos cuarenta años, tomando como eje de su exposición la estrategia política adoptada por la Democracia Cristiana sobre la base de sus relaciones simbióticas con el sindicato de pequeños agricultores Coldiretti.

Esta estrategia a dos niveles —político y sindical— es conceptualizada por el autor con el término «corporativismo», y la hace derivar de la particular relación que se ha ido construyendo en Italia desde el final de la II guerra mundial entre las fuerzas económicas y políticas dominantes. Las primeras, interesadas en la consolidación de la hegemonía capitalista a través de un determinado tipo de desarrollo económico, y las segundas, interesadas en gestionar dicho proyecto y, al mismo tiempo, cimentar su propia hegemonía sobre un consenso de masas hecho posible, en gran medida, por esa misma gestión.

RÉSUMÉ

Dans cet article, l'auteur procède a une analyse interprétative du développement de l'agriculture italienne au cours des quarante dernières années, et il utilise, comme axe de son exposé, la stratégie politique appliquée par la Démocratie chrétienne dans ses relations symbiotiques avec le syndicat des petits agriculteurs, Coldiretti.

L'auteur qualifie cette stratégie, a deux niveaux —politique et syndical—, de «corporatisme», et il en trouve la source dans les relations spéciales, qui des la fin de la deuxième guerre mondiale, se sont établies en Italie entre les forces économiques et politiques dominantes. Les premières, tendant a la consolidation de l'hégémonie capitaliste a travers un certain type de développement économique, les secondes, soucieuses de diriger ce projet tout en cimentant leur propre hégémonie sur le consensus des masses, favorisé, en grande mesure, par cette même gestion.

SUMMARY

In this article the author gives an interpretative breakdown on how Italian agriculture has envolved in the last forty years, basing his statement on the Christian Democratic Party's political strategy in its relations with the Coldiretti small farmers union.

The author's conception of this dual political and union strategy is expressed by the term «corporatism», stemming from the special relationship between the predominant economic and political forces developing in Italy since the end of World War II. The former were interested in consolidating the capitalist hegemony through a specific type of economic development, and the latter in administrating this project while laying the groundwork for their own leadership, based on the mass consensus due chiefly to that very management.

